Una cinta para el martes

La cinta empezaba con el ruido de una puerta. Lucas conocía ese ruido desde chico. Era el pestillo de la casa que habían vendido el martes.

Quiso encontrar la voz de su madre. Rebobinó varias veces hasta que distinguió una frase. «Dejala ahí», decía. Después se oía algo que él siempre había tomado por el cierre de la grabación.

Esa tarde dejó correr la cinta. El ruido volvió y esta vez reconoció una silla contra el piso. Se oyó a su madre reírse y a alguien que le preguntaba por qué. Contestó que no se acordaba.

Lucas nunca supo quién había dejado encendido el grabador. Se quedó hasta que el carrete se detuvo solo. La casa que él recordaba siempre con gente hablando tenía, entre dos voces, varios segundos de silencio.